

*lavarse las manos y la cara, y aun con roturas en sus vestidos por el desaliño de no coserles a tiempo*⁵⁰.

Nada conocemos de esto en el Albacete de la época, pero sí la costumbre de tomar bebidas refrescantes mientras el tiempo lo permitiera. Se popularizaron en la Feria, puesto que tras la rehabilitación del edificio en 1784, se estableció en 1786 una botillería en su interior, cercana al lugar en donde se ubicaban las autoridades; los requisitos exigidos para ello fueron que las bebidas sólo llevaran azúcar, que se atendiera el abastecimiento de nieve, y que se fijara el precio del cuartillo⁵¹.

En general hemos notado que los sueldos más altos eran los de los facultativos en medicina, los aperadores y los albañiles; les seguían los carpinteros, cuchilleros y curtidores, y tras ellos los herreros, sastres, alpargateros y tejedores. Los que menos ganaban eran los zapateros. Los estudios de Hamilton y Vilar (Sarrailh, J., 1992, 72) apuntaron que los sueldos tendieron al alza en los últimos veinte años del siglo, ayudando con ello a la entrada de trabajadores extranjeros, como los franceses en Cataluña. Sin embargo, ni siquiera así se podían adquirir todos los productos de primera necesidad. Esta poca calidad de vida se notaría también en Albacete por entonces.

Ante la penuria, muchos vecinos ejercían varios oficios a la vez, con el fin de obtener más beneficios. Así, Juan Nieto, trabajaba como cerero y además mayordomo de monjas; el oficial tablajero Francisco Martínez, completaba su sueldo ejerciendo como tratante de azafrán; y el músico José Useros también era oficial zapatero. Pero el caso más relevante era el de Ignacio Suárez, un comerciante cuyos ingresos provenían de vender telas (8.000 reales), azafrán (12.000 reales), azúcar, cacao y canela (8.000 reales), y de abastecer a la población de carne y de aceite. Todos sus ingresos declarados (real, industrial y de comercio) ascendían a los 27.000 reales de aquella época.

Uno de esos productos necesarios era el jabón, cuya receta se ha transmitido desde generaciones. En 1762 funcionaban en la zona varias fábricas de sosa y barrilla: en Albacete, Chinchilla, La Gineta, y Tobarra. La primera consumía 30 arrobas de aceite anuales, la segunda 400 arrobas, y la tercera 100 arrobas, y abonaban 3 reales de vellón como derechos de consumos. Pero en 1765 se rompió su tranquilidad cuando una comitiva

⁵⁰ Campomanes, Conde de (1775-1777): *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*. Madrid (Sancha). Tomo I, pp. 119-120. Recogido por Sarrailh, J.: Op. Cit, pp. 73-75.

⁵¹ AHPA. Municipios. Caja 705.